Un Creador Infatigable

Por Angel Rama

Quizás lo que más admirara en Enrique Amorim fuera su nervioso, desorbitado fervor por la cultura viva, de donde le venía la curiosidad inquieta por todo, su vocación peleadora. Y, justamente, su devoción por la creación literaria que le hizo vivir aferrado a su telar: "la primera ley del creador, crear. Bufe el eunuco" pudo decir también él. Siempre, incluso en sus más duros años de enfermedad, en que arrojaba de sí libros, uno tras otro, casi sin corregirlos, sospechando en su fuero íntimo que eran los últimos.

En una crónica de **El Popular**, Ariel Badano se refiere a sus últimos escritos —poemas disparados como balas— y agrega: **"Ha dejado también una novela terminada aunque nadie sabe decirnos su título definitivo. Amigos abnegados procedían a pasar su texto en limpio, cuando sobrevino su fallecimiento"**. Por su parte Silva Delgado dice en el artículo que publicamos: **"Quedan para ediciones póstumas algunos cuentos, de tono muy particular y cuya publicación lo hacía vacilar y, casi seguramente, una nueva novela"**.

En este momento, que no es todavía el de la revisión crítica, sino el del homenaje a sus mejores condiciones, cábeme ser testigo de sus últimos entusiasmos creadores y pienso que es un deber documentarlo aquí a modo de agradecimiento a esa ejemplar conducta de escritor.

Porque esa novela de la que "nadie sabe decirnos su título definitivo", se llama **Eva Burgos** y Amorim la escribió respondiendo entusiastamente a mi premioso requerimiento. Había terminado la corrección de los poemas de su libro **Mi patria**: ya había dado la orden de publicación para sus páginas en prosa **Los pájaros y los hombres**: codiciaba un ejemplar de la traducción francesa de **La carreta** que acababa de aparecer en la colección de Gallimard dirigida por Caillois en traducción de Francis de Miomandre; preparaba una breve colección de cuentos para los "Cuadernos del Instituto Amigos del Libro Argentino" que los anunciaba bajo el título **Temas de amor** —**"diez cuentos míos, me escribía, muy salidos de tono y muy agudos y muy de mi gusto"**—, cuando yo irrumpí en ese más que negro nefelibata, ardiente laboratorio de "Las Nubes", pidiéndole una novela corta para una colección de letras uruguayas que venía preparando.

Estoy seguro de que si su respuesta fue tan rápida y entusiasta se debió, más que a mi personal requerimiento, a que en ese momento necesitaba un motivo nuevo para trabajar. Así, sin cesar, atando una obra con otra, reproche vivo a la pasividad haragana del uruguayo que él llegó a atribuir al "mate colonizador" y que exasperara siempre su naturaleza de "activista".

El 3 de junio pasado, en una carta, recordaba cuántas veces había abogado él **"por la idea urgente y patriótica de tener una editorial"**, problema que él había encarado —bien—, **"como algo que las generaciones futuras nos reprocharían"**. Encaramos la publicación de un libro que me interesaba sobremanera. Se llamaba **El ladero** y él lo definía como **"una rara novela a pesar de su nombre pues es un largo monólogo que despista al comienzo con dos personajes que son uno solo"**. No llegó a escribirla.

Ya al día siguiente —¡qué amigo de Amorim no conoce estas cartas sucesivas y explosivas con las cuales él estaba presente, contradictoriamente, en todos los ambientes montevideanos!— se reconocía menos capaz del duro esfuerzo a que su ambición lo llevaba: **"Si no termino "El ladero", le daré cuentos. La novela requiere más salud..."** y los puntos suspensivos recién ahora cobran su entera, pudorosa verdad.

En junio 29 ya estaba trabajando con todas sus lámparas encendidas en otra novela, —yo insistía en reclamarle ese género que él había celebrado en una recordable página perogrullesca— retomando un viejo tema: **"De una heroína moderna trata "El sexto sentido", que es el título (aún tímido) de mi novela en el telar... Haciéndome el Moravia de "La romana", me gusta escribir o proseguir con "El sexto sentido". Es una novela que hace años me anda en la cabeza... Novela nutrida, nada larga y bastante diferente a todo lo que he hecho... Es nivola como diría Unamuno. Intencionada pero poética"**.

Jubiloso, también furioso, me anunciaba a 7 de julio: **"Ayer terminé la nouvelle o nivola para complacer al finau Unamuno... "Eva Burgos" es el título que puede caberle a la nivola. No sé qué me parecerá al verla copiada en otros caracteres. Cuestión de días. No bien la tenga se la envío"**.

Con ese sentido profesional de la literatura, tan poco usual en estas tierras de "amateurismo orgulloso", esa preocupación sana por el lector a quien se dirige, se esforzaba por demostrar a este improvisado editor la conveniencia publicitaria de su tema: **"...quiénes leen en América Latina y qué se lee?... A mi modo de ver ha leído casi siempre, más la mujer que el hombre. Y, por cierto que esta peregrina (?) conclusión surge de que interesan más las heroínas que los héroes. Menos aún los ambientes. Sí los conflictos"**, y pasaba a historiar los grandes éxitos de librería desde María de Jorge Isaacs hasta **Nacha Regules** de Gálvez y **Lauracha de Cione "y conste que no hablaré de calidades"**. Posteriormente volvía sobre el tema en esa sucesión epistolar en la que uno siempre quedaba retrasado para su mayor furia: **"Ya tendrá mi carta sobre lo que se ha vendido realmente en América Latina. Mala o buena literatura, no es casual lo que señalo. Doña Bárbara o Adriana Zumarán o Nacha Regules, todas favorecidas por la prensa grande"**.

Estas condiciones de trabajador encarnizado, de creyente fervoroso en la literatura y el arte, de hombre afanoso por el mejor destino de su patria cultural, —condiciones por las que debe admirársele por encima de cualquier discrepancia— son las que testimonian estos párrafos transcriptos de sus últimas cartas. Creo que Amorim me perdonaría esta infidencia. Porque hoy él y sus escritos no pertenecen ya a sus amigos o admiradores, sino al país, por el cual, con la mano en el corazón, podía decir que había hecho mucho y bueno. Este país donde nació y creó, este Uruguay que él quiso desvelar, y que tiene una larga deuda que comenzar a saldar.